

y depravadas. Restringir entónces, y castigar aun en los principios de muchos malcteyentes de nuestros dias, no es propiamente lo que se llama perseguir.

PÁG. 43.

[7] *Una especie de tolerancia fué necesaria para la tranquilidad de los Estados, la que ofrece mil dificultades, segun lo enseñan la experiencia y el hecho mismo. „En toda República bien ordenada, el primer cuidado debe ser establecer en ella la religion verdadera, no una falsa ó fabulosa, y no elegir para gefe, sino á quien haya sido educado en ella desde su infancia. El culto verdadero, es el apoyo de la República.” (Platon, lib. 2.º de la República, y lib. 4.º de las leyes.)*

„No se debe permitir á nadie, segun el mismo filósofo, que tenga dioses particulares, que adore al Dios verdadero conforme á su capricho, ni que se forme una religion aparte.”

En efecto, la unidad de culto en un Estado, dice el autor de los pensamientos teológicos, es un centro en que se vienen á reunir todos sus miembros; mas la variedad de cultos, es un gérmen de discordia, que tarde ó temprano la produce.

Hay mucha diferencia, segun observa el autor de los tres siglos, entre los afectos que la caridad exige de todos los cristianos para con quienes están en el error, y las precauciones que la autoridad tiene obligacion de tomar para evitar los trastornos. Toda secta débil reclama la tolerancia, y se vuelve intolerante cuando ha conseguido superioridad. Es la perra de la fábula, que pide suplicante un asilo para poner á sus chiquillos, y echa fuera al propitario luego que estos cachorros son bastante fuertes para sostener la usurpacion. Tal es la marcha de las pasiones humanas: tímidas y artificiosas en su nacimiento, muy pronto son injustas y tiránicas, por ménos apoyo que hallen.

„Es menester pues mirar como inconsecuencias las declamaciones de nuestros filósofos, que quieren que se toleren todos los modos de pensar, porque su primer interes está en ser tolerados. Se puede juzgar sin embargo de su tolerancia practica, por las maniobras que emplean contra quienes los atacan, ó no los aprecian. ¿Qué sería si fueran los mas fuertes?... Nada mas natural despues de esto, que concluir, que una tolerancia indiscreta, cual parece la pretenden para todas las sectas, es tan quimérica en la ejecucion como la paz universal del Abate Saint-Pierre. Examinense los gobiernos mas tolerantes de la Europa, y se verá si la conducta que observan respecto á los que toleran, puede llamarse verdaderamente una tolerancia. En Holanda, en Inglaterra, en Prusia, las religiones toleradas están en tal aba-

timiento y servidumbre, que no se diferencia mucho de la opresion.” (Tom. 1.º, art. *Basnage de Beauvad.*)

CARTA VIGECIMA NOVENA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á LA CONDESA.

Encantado estoy, hija mia, de la ingenuidad que predomina en el carácter de tu jóven amiga. Sus afectos hácia tí me interesan mas que nunca en su favor. Su amistad es, como ella dice, una passion; pero en un corazon como el suyo, esta passion es el entusiasmo de la virtud; ella no te ama tan ardentemente, sino porque te mira con los rasgos que halagan su amor al bien; su inclinacion hace honor á su razon. Es justo que te sea querida, y solo debes compadecerla por el efecto que ha producido en Valmont.

¡Qué escena tan interesante ha causado en ambas la sorpresa que él os dió! ¡de buena gana hubiera sido testigo secreto de vuestras mútuas espansiones! ellas habrian sido á mis ojos la expresion mas verdadera de la bondad del corazon, y el triunfo del sentimiento. ¡Por qué razon, el cuadro que nos presentan ya no es de este siglo, y hace tan gran contraste con nuestras costumbres!

No me admiro de que los dias que han seguido á esa especie de reunion, hayan sido para vosotros, dias mas serenos y mas puros; pero cuidado, hija mia, es una calma engañosa, á la que pueden seguirse muchas tempestades. Vosotros tres teneis un corazon excelente, sois jóvenes todavía y sin experiencia: creed á la mia, es el fruto de los años, y su lenguaje, dictado por mi afecto á vosotros, no ha tomado nada de las ideas sombrías de una triste y temerosa vejez. La passion de Valmont, está por algun tiempo reconcentrada, reprimida interiormente por la virtud y las lecciones de Senneville; por las que él mismo ha tomado; por una tierna compasion de los males de una esposa que no

ha merecido su indiferencia por los principios de equidad, de virtud, que reviven en el fondo de su alma, y producen allí el clamor de la conciencia y la voz de los remordimientos; pero esta pasión no está extinguida, y la violencia que sufre no puede prolongarse mucho. El fuego existe y crece bajo la ceniza que le oculta de nuestra vista; pronto se descubrirá, y se manifestará mas ardiente que nunca. Es menester, á fin de apagarle totalmente, alejar el objeto que serviría para inflamarlo de nuevo. Mientras que Senneville permanezca con vosotros, á pesar suyo á pesar de mi hijo, las pasiones, los riesgos, la turbación y las alarmas permanecerán juntamente con ella. La separación será dura para todos vosotros; pero se ha hecho necesaria. Será el mal de un momento; sin esto, los tres quedais expuestos á males cuyo término no vereis.

Á ti corresponde, hija mia, por mas que cueste á tu adhesión á tu jóven amiga, por mas pesar que á ella misma le cueste, á ti corresponde prepararla para un sacrificio que la razon y la religion exigen igualmente. Conozco los medios de hacerlo agradable á Valmont, haciéndolo sumamente ventajoso para Senneville; y todo está dispuesto ya con Mr. d'Orval para un designio tan grande. Este amigo, mui ménos venerable todavía por su edad que por sus virtudes, me ha hecho concebir esperanzas que te he dejado entrever, pero en las cuales no has parado mucho tu atención: él se apresura á realizarlas; y por mas obscuridad que halles en ellas, permíteme dejarlo todo para su tiempo, con el fin de causarte el placer de la sorpresa. Ello servirá para templar el sentimiento mui vivo que te causa la separación de la Señorita de Senneville, y para hacértela ménos penosa.

Ahora, mi querida Emilia, quiero solamente ocuparme en esta carta, del encargo que me haces de ilustrarte, á la vez que á tu amiga, sobre un artículo mas interesante de lo que se cree, el de los espectáculos. Me complace en que tú misma me

ofrezcas la ocasión de añadir algunas reflexiones acerca de esta materia, á las que te hice formar tocante á las lecturas. Acuérdate que al escribirte como padre y como amigo, no pretendo conseguir en tu concepto el mérito de la novedad, ni en los pensamientos, ni en el modo de presentarlos; solo pretendo el de ser útil.

Pero ante todo, dime hija mia, ¿es á Emilia virtuosa y racional solamente, ó también á Emilia cristiana y prudente, á quien voy á hablar? Dichosamente para tu padre y para tí, no es difícil resolver la cuestión: escribo para aquella virtuosa y fiel Emilia, que mui léjos de separar aquellos dos títulos, está creída en que solo puede hallar virtud verdadera en la religion. Sea enhorabuena, voy pues á usar desde luego del lenguaje del cristianismo. Pero haré mas; te ayudaré despues á usar con los demás tan solo el idioma de la razon.

Como cristiana, hija mia, ¿crees que se pueden conciliar la escuela del mundo y la de Jesucristo, las máximas del teatro con la moral evangélica? Hay entre el espíritu que reina en la escena y el que ilumina y anima al verdadero fiel, tanta diferencia, como hay entre la luz y las tinieblas. Hacer morir en nosotros todo lo que tiende al mundo y á sus locas pasiones, es decir, hablando como el discípulo amado del mas santo y mas amable de todos los maestros, todo lo que lisongea en el hombre la concupiscencia de la carne, la de los ojos y el orgullo de la vida, ved aquí, el espíritu del cristianismo; fomentar en nuestra alma el apego al mundo y á sus desarregladas inclinaciones, ved aquí, si no todo el objeto, por lo ménos todo el fruto de nuestros espectáculos. En el Evangelio, Jesucristo anatematiza por todas partes al mundo: en el teatro, el mundo está donde quiera, en lo que se vé, en lo que se oye, y en el fondo de nuestro corazón; él es quien en la escena establece los usos, determina el bien parecer, dicta los sentimientos, dirige las afecciones, y pinta con sus colores los vicios y las virtudes; solo

él fija la regla de nuestras costumbres allí, juzga de ellas en último recurso, y cual monarca supremo legisla sobre ellas. Ahora bien; ¿tu pretendes formarte é instruirte al pie de la Cruz, en el Evangelio de Jesucristo crucificado por los hombres, ó por ventura en la escuela del mundo y de las pasiones? De dos maestros completamente opuestos, Jesucristo y el mundo, ¿á cual eliges? Si es el último, ¿que me quedará ya que decir hija mia? Me estremeceré; y el anatema pronunciado por tu Dios recaerá totalmente sobre tí [a]. ¿Y con qué cara, bajo que pretexto irías á ver en el teatro intrigas de amor, de ambicion, de venganza ó de odio, que con todo el arte peligroso que las acompaña no te atreverías á leer en las novelas? Cómo irías á escuchar allí máximas de galantería, fal-os principios de honor, lecciones de placer y de voluptuosidad, que te incomodarian en las conversaciones, y en ninguna parte podrias escuchar friamente teniendo religion. Ah! qué suplicio no sería tal espectáculo para el alma verdaderamente cristiana que entrase á él, que de él saliera igualmente fiel, si esta alma en presicion de entrar allí, pudiese ponerle algun cuidado.

Pero puede uno, me dirás, elegir solamente piezas santas; y en tal caso, ¿qué tendrán de incompatible con el espíritu del cristianismo? Todavía casi todo, mi querida Emilia, al ménos cuanto las acompaña y las afea.

Solo tres á lo mas conozco yo, en que la moral y los caracteres nada tienen de reprehensible; y en las cuales, lo que hay mas puro, forma contraste con las costumbres de quienes las representan, se adultera en cierto modo por el juego de los actores, y se vuelve dañoso por las ideas que infunden.

„Tales asuntos, dice Madama de Sevigné, no con-

[a] No se debe olvidar que Mr. de Valmont, casi en toda esta carta escribe mas bien para la Señorita de Senneville, que para Emilia, cuyo modo de pensar conoce bastante.

„vienen á semejantes actores. Para cantar las desgracias de Sion, es menester personas inocentes, y almas virtuosas para ver con fruto su representación.” Por lo demas, estas piezas tan santas, ¿de qué otras piezas no van seguidas! y con el gusto que ellas inspiran por el teatro, ¿á cuales otros dramas conducieran en todo género [a]!

Ademas de esto, hija mia, sin mas discusion, tu eres hija de la Iglesia, y nacida por felicidad en su seno: si la Iglesia es tu madre, es quien te ha hecho nacer en Jesucristo; si este nombre tan tierno no es una palabra vana; si exige de tí el mismo respeto y la misma obediencia, que tu tendrás derecho de exigir de tus propios hijos, no te debe ser indiferente su lenguaje tocante á los espectáculos, y es deber tuyo consultar lo que ha mandado en materia tan interesante. ¿Qué ha pronunciado acerca de esto? El mismo anatema, que Jesucristo pronunció contra el mundo. En ningún siglo ha variado su lenguaje: en sus Concilios, por voz de sus soberanos Pontífices, por la boca de sus Doctores, por la predicacion diaria de sus ministros, por los vínculos de excomunion con que liga á los acto-

[a] „Se acaba de representar á *Polyeucte*: cambia el teatro, se representa la *Escuela de los maridos*; ¿hay una de amor conyugal? ¿Y esta sátira del matrimonio pondrá fin á los bellos sentimientos que la virtud de Paulina habia comenzado á inspirar? Acábase de representar á *Athalie*; he visto la casa del Señor, los libros de la Ley, las ceremonias de la consagracion de los reyes de Judá, tengo la cabeza llena de nuevas profecias, de las grandezas y del poder de Dios: todo esto me ha penetrado de un religioso terror y de un respeto profundo al Rey de los reyes: suenan los violines, aparece *George Dandin*; y en el mismo lugar en que estaba el templo de Jerusalem, veo la cita nocturna de un joven con una muger casada. Yo quisiera saber, si los efectos de estos diferentes contrastes pueden redundar jamás en provecho de la religion y de la moralidad.”
(*Le Franc*, en su Carta á *Luis Racine*.)

res, por la infamia que sobre estos han echado las leyes de los principes poseidos del mismo espíritu que ella, por la creencia comun de los pueblos á quienes instruye, ¿no dice con una voz bastante fuerte para ser escuchada, que es pecar contra su espíritu y sus leyes [1], contra las leyes de la religion entera, concurrir á este género de espectáculos?

Si sus defensores alegan en su favor algunos ejemplos, si citan algunos textos, ¿quién no sabe que estos textos y estos ejemplos nada prueban en su favor? Hay espectáculos en el centro de la Iglesia romana, es verdad: pero solo el poder temporal los tolera, y en el mismo príncipe, la potestad eclesiástica restringe su duracion, los reduce á ciertos tiempos del año, disminuye á lo posible su peligro, de dia en dia los reforma, y diariamente los condena [2]. Hay en Roma lugares destinados por el poder público para las prostitutas, con el fin de marcarlas demasiado y de hacer ménos comunes los riesgos de la seducción: de que sean tolerados allí por una especie de necesidad, estos locales de prostitucion, [3] ¿se atreviera uno á inferir que está permitido allá el libertinage?

„Hombres que por su estado debieran prohibirse los espectáculos, asisten á ellos.” Pero esto solamente prueba que deshonoran su estado con su conducta, y que sus costumbres están en contradiccion con sus principios [a].

„Algunos doctores particulares han dejado escapar expresiones favorables al teatro.” ¿Pero cómo? Hablando de los espectáculos considerados en su naturaleza, y haciendo abstraccion de los abusos que se introducen en ellos; permitiendo aquellos, en que ni el pudor ni la virtud cristiana pueden escuchar

[a] Todo el mundo sabe la respuesta que dió Bossuet á Luis XIV. „Hablabamos de los espectáculos, dijo este príncipe cuando le vió entrar: ¿qué pensais de ellos?—Señor, respondió el gran prelado, hay grandes ejemplos en pro, pero hay grandes autoridades en contra.”

ni mirar nada que los alarme; y anatematizando con textos formales todo teatro, toda concurrencia, que como nuestros locales de diversiones ordinarias, puede lastimar las buenas costumbres. [a]

No queda pues, mi querida hija, para una alma verdaderamente cristiana, ningun apoyo sólido para fundar el derecho y la libertad que se tomase de asistir á los espectáculos, aun en las circunstancias mas comunes: no es pues permitido á ella, ni acompañar, ni conducir allí á los demas: con solo su presencia contribuye al mal que allí se causa y sirve de ejemplo. Á medida que sus costumbres son mas puras, y que su piedad es mas edificante donde quiera, autoriza mas esto, y en aquellos lugares peligrosos y profanos, sirve para los débiles de un objeto de escándalo. Aun cuando se tratara tan solo de puras comedias, ¿contará por nada pertenecer al número de aquellos, que asistiendo á sus representaciones, dan á su alma el golpe mortal que la debe perder eternamente [4]? ¿Y habria espectáculos sino hubiera espectadores? Y lo que se hace para todo un público, no se hace particularmente para cada uno de quienes le componen?

„Mas no se pretende hacer de ellos una diversion cuotidiana: irá uno al espectáculo de tarde en tarde, ó solo una vez para satisfacer su curiosidad.” ¡Ah hija mia! Si el espectáculo está prohibido para quien se gloria de ser hijo de la Iglesia, lo está aun para esta vez que quieres exceptuar. Si considerado en general, es malo en sí, no debe uno

[a] „Los sofismas, dice Mr. Gresset, las palabras sagradas y venerables de que se abusa para justificar la composicion de obras dramáticas y los peligros de los espectáculos, los pretendidos textos favorables, las anécdotas fabricadas, todo esto no es mas que ruido, y un ruido muy débil para quienes no rehusan escuchar las reclamaciones de la religion, y que conocen, que cuando uno se reduce á disputar con la conciencia, siempre sale mal.”

permitírselo ni una vez por curiosidad: porque ¿á donde llegaran las costumbres, si bajo este pretexto, fuera menester verlo y conocerlo todo? Por otra parte; ¿quién se puede asegurar, que aquello que de suyo es atractivo, no nos inspirará el deseo de verlo mas á menudo? ¿Y para qué crearse un deseo mas, que luego se reprimirá con pena, ó nos pondrá en el riesgo de sucumbir á él [5]?

„Mas uno necesita diversiones, y es permitido algunas veces solazarse.” Es verdad, hija mia; mas una alma verdaderamente cristiana, necesita solaces conformes al espíritu del cristianismo. No temas, que cual censor austero y reformador indiscreto, ose prohibirte, á pretexto de anunciarte la mortificación evangélica, todos los placeres que te son permitidos: pero es menester que lo sean; es menester que no comprometan, ni las costumbres ni la piedad; es menester que no inspiren gusto á los falsos placeres, ni amor á la frivolidad y al espíritu de disipacion; es menester que no nos hagan salir mucho de nosotros mismos, para apegarnos á ficciones vanas, para suscitar nos pasiones turbulentas, y para entregarnos á ímpetus, que la virtud y la razon reprueban casi siempre que no puede uno divertirse sin este género de placeres. Cuando San Luis creyó que debia desterrar de su reino los espectáculos, ¿no quedaba por ventura algun recreo para quienes lo necesitaban?

Pero sobre todo, una alma bella y sensible, ¿no halla en el seno de su familia, en la sociedad de amigos virtuosos como ella, en los tiernos ensanchez de la confianza, en el gusto mismo de las letras y de las artes, placeres mas puros que se puede permitir? Ah! si es todavía mas bella y mas virtuosa, ¿no tiene un espectáculo bastante interesante que puede procurarse, cual es el de los infelices que sufren y son por ella consolados? ¿No hay lágrimas que derramar con mas dulzura, las de compasion hácia á los desgraciados á quienes visita y alivia? ¿No hay un empleo mas noble y mas importante que dar á sus riquezas, y es el de conver-

tirlas en obras que honran á la humanidad y á la caridad? ¿Qué delicioso espectáculo para ella, ver á un anciano decrepito, que á su vista reanima la fria y trémula senectud á que viene á servir de apoyo; el de una viuda falta de todo consejo y recurso, que le abre su corazon con cuanto libertad inspira la confianza, y á su presencia se deja llevar de aquellos arranques de alborozo de que fuere todavía susceptible; el de huérfanos abandonados, que acorren á su presencia para recibir sus tiernos cariños, volvérselos con demasia, y rosear sus manos con lágrimas arrancadas, ménos aun por la necesidad que por el reconocimiento! Ah! hija mia, estos son placeres verdaderamente dignos de ti.

Todo el que busca otros en el seno del mundo y de la vanidad, en medio de los placeres ruidosos y tumultuosos, en los juegos [6] en los círculos, en los bailes [7] y en el teatro, si todavía se dice cristiano, recuerde las fuentes sagradas en que se le regeneró. Allí es donde á su nombre se hizo la renuncia del mundo y de sus vanos entretenimientos; el sello de la religion aseguró estos votos solemnes; fueron escritos en el libro de la vida. En el gran dia, cuando este libro se abrirá para él, en el que será juzgado por lo que este contiene, en el que árbitro de su suerte le recuerde sus primeros compromisos, ¿todavía tendrá valor para decir que con permitirse estas diversiones profanas no ha violado sus promesas, y que cuanto ha visto y escuchado en estas concurrencias y en nuestros teatros, no desmentia para nada el espíritu del cristianismo?

Mas vivamos, hija mia, en un siglo en que este lenguaje ya no es de moda, y en que solamente se suele atender á la sencilla razon. Pues bien, querida Emilia, raciocinemos si es menester, y que la sabiduría humana por su voz penetrante y persuasiva, desengañe á quienes la religion no hubiere podido desengañar. En primer lugar, hija mia, si se quiere discurrir por principios, juntar

lo útil y lo agradable, sazonar nuestros placeres con la sabiduría, y guardar circunspeccion en nuestros pasatiempos; si en último resultado se trata de la moralidad, se querrá sin duda sacrificar en su favor cuando ménos la comedia italiana, la ópera, y otros mil espectáculos ménos honestos y todavía mas peligrosos. El primero de los que acabo de nombrar, está bien lleno de equívocos, de fastidiosos juegos de palabras, de ademanes indecentes, de intrigas de criados, de representaciones bajas de las mas viles costumbres, de parodias vergonzosas hasta de la razon y del buen gusto, si hemos de creer sobre esto al tan conocido epígrafe que Santeuil hizo para tal espectáculo.

El teatro lírico, mas funesto todavía, solamente ofrece á el alma la embriaguez de los placeres vanos y los atractivos de la seducción. En él es, donde la voluptuosidad entra por todos los sentidos; donde las artes concurren para embellecerlo; donde la poesía casi siempre solo compone sobre amor y sus delicias; donde la música solo hace oír los consentos de las mas vivas pasiones; donde el baile trasa á la vista ó trae á la memoria las imágenes mas terribles para un corazón casto; donde la pintura contribuye al encanto con sus decoraciones y sus prestigios; donde una especie de magia nos traslada al país de las Hadas, á Pafos, á Sytorea, y nos hace respirar insensiblemente todo el daño del aire impuro que allá se absorve. Allí todo nos conduce á esta sola máxima, á esta lección única: *Ceded sin resistencia á los atractivos de la inclinacion.*

Allí es donde el alma, gradualmente afeminada, pierde toda su fuerza y todo su valor; decae uno, suspira, un fuego secreto se enciende y amenaza con la mas terrible quemazon, se llora por el vicio; olvídense las virtudes; y careciendo de toda reflexion, se reduce uno á la facultad de sentir; atado uno con cadenas vergonzosas que le parecen de flores, ni aun sabe indignarse de su debilidad. ¡Qué escuela para todos los ciudadanos y para to-

das las edades! [a] No hablaré de aquellos otros espectáculos que mas ó ménos participan de la naturaleza del que acabo de describir. Ah! hoy los hay de todos géneros. La risa, los juegos nacen atropeadamente ante los pasos de la juventud: por todas partes, y á donde quiera que se dirija le tienden redes, pican su curiosidad con las perspectivas mas encantadoras, tientan sus gustos con las mas brillantes fiestas, engañan su inocencia con todos los atractivos de la voluptuosidad, con los placeres la disgustan de los deberes. Esta gran ciudad que yo he dejado y tu habitas, solo presenta la imagen de los antiguos Sybaritas; en medio de ella puede uno decir, puede uno mostrar á cada instante donde se hallan las diversiones, donde los vicios; trabajo costaría decir donde se hallan las virtudes y la moralidad. ¡Triste fruto de nuestros teatros!

Mas pasemos al espectáculo nacional por excelencia; al que sus apologistas reputan como el espectáculo de las buenas costumbres y de la verdad. Se obstinan mas en defender este, por ser el único que puede ofrecer armas á quien qui-

[a] No se trata de la ópera pintada feamente y ridiculizada con tan justo motivo por la pluma ingeniosa de un autor moderno, si de la ópera cual se ha visto y sentido por la muchedumbre que concurre á ella.

Un conocido mio se acordará siempre de que siendo muy jóven y casi niño, le premiaron por haber obtenido segundo lugar, con llevarle á la ópera que jamás habia visto. El primer efecto de este espectáculo sobre su alma, fué causarle una especie de delirio del que no se recobró en mucho tiempo. Nunca le pareció tan larga la comida: anhelaba por el momento en que pudiese á solas consigo mismo, reproducir todas las imágenes de que estaba lleno, todos los sentimientos de que estaba poseído. Pasábase una parte de la noche en estas agitaciones; y segun él confesó despues, nada cooperó tan temprana ni tan fuertemente á desarrollar las pasiones que le descarriaron tanto tiempo.

siere conciliar la diversion y la decencia, la utilidad y lo agradable.

En dos géneros está hoy dividida la escena francesa: la tragedia y la comedia, la última se divide ahora en mil especies diferentes. La tragedia, cuyos efectos son inspirar compasion y terror, y la comedia que tiene por objeto divertir con la pintura de lo ridículo.

Consideremos ambos géneros en lo que tienen de comun: por lo poco que digámos, se distinguirá fácilmente lo que es peculiar de cada uno de ellos.

El fin de este espectáculo, como de cualquiera otro propiamente llamado así, es interesar no solamente á ciertas personas, sino generalmente á todos los hombres. Se propone satisfacer el gusto del público, y no puede conseguirlo sin alhagar las pasiones. Y que pasiones! aquellas que los hombres universalmente hallan en sí, aquellas que afectan y conmueven demasiado á la muchedumbre. Concederé que su objeto segundo sea instruir; pero no se me negará que el primero es agrandar: y por desgracia, creo poder probar, que según el modo que de ordinario se ve obligado á tomar, este primer objeto es nocivo al otro, y comunmente da un resultado enteramente opuesto.

¿Qué multitud es aquella á la que se quiere complacer, y que se procura interesar? Son hombres que ciertamente, por mas que se diga, solo asisten al espectáculo para ser divertidos, y que no pueden ser afectados cual desean, si en la pintura que allí se hace de las costumbres, no se cuida de no contrariar hasta cierto grado sus inclinaciones; si no se atienden ni se lisongean sus pasiones favoritas; si no se dá á los vicios con que estan mas connaturalizados un barniz de heroísmo y de grandeza, que á sus ojos disminuya lo que tendrían de odioso un colorido mas verdadero y una imagen mas parecida. Son hombres en su mayor parte veleidosos y disipados, mucho mas susceptibles de impresiones nocivas y peligrosas, que de impresiones buenas y útiles: hombres á quienes

causara tedio y hostigaría una moral exacta y una razon severa, ó que no pueden sufrir su lenguaje á ménos que vaya templado con otro mas dulce, y trocado en máximas que se acomoden mejor á sus debilidades [8]. Son hombres que quieren ser conmovidos, agitados, exitados con fuego, á condicion siempre de no causarles remordimientos, de no infundirles terror y compasion de su propia miseria; sino solamente aficionándolos á ficciones vanas en las que la sombra que perciben pueda quitarles la memoria de la realidad; en que se les interese con el espectáculo de pasiones y desgracias que ni estén mui lejos ni mui cerca de ellos, y que puedan contemplar sin dar una mirada dolorosa y aflicta sobre su propio corazon: á condicion vuelvo á decir, de que si se quiere hacerles reir con sus propias debilidades, sea no quitando á sus pasiones la especie de retribucion que mas les importa, sin dejar que sufra mucho su orgullo, y contrayéndose á la pintura de algunos vicios que todo el mundo aborrece, y cuidando mucho de que nadie se vaya á reconocer en ellos. Ved aquí, es menester convenir en ello, los hombres á quienes se procura interesar, á quienes se pretende divertir, y reduciéndonos á términos mas sencillos y verdaderos, ved aquí la poética de todos nuestros teatros.

¿Quienes son por otra parte, los que trabajan en el teatro? Generalmente son hombres mui poco ocupados de cosas esenciales y en estudios verdaderamente útiles; mui dados á cosas de puro agrado; mui llenos de pensamientos, de imágenes y de lecturas que mas alhagan sus pasiones; mui disipados en lo exterior, ávidos de los aplausos que se prodigan á talentos fútiles, y que solo debían concederse al mérito real; mui empeñados en acomodarse, al gusto de los espectadores, para quienes trabajan del modo mas adecuado á conseguir sus elogios, empleando toda su imaginacion en seducir la imaginación de los demas, en vez de aplicarse á iluminar su razon, á fin de que su gusto mas ordinario manifestado mas en sus obras, no sea el gusto del vicio, mas bien que el de la virtud.

Vemos tambien en la mayoria de las piezas representadas, pasiones violentas ennoblecidas con arte; necedades heroicas consagradas por viejos errores de fábulas ó de historias [a]; sentimientos bellos, que para decirlo bien, solamente son impetus extravagantes de ambicion y de venganza [b]; fantasmas de virtud que engañan con vanos coloridos de grandeza; personajes que por su caracter, su rango, sus opimones y sus hazañas, exitan en el fondo del alma ó lisongean aquellas inclinaciones viciosas de que proceden las mas funestas revoluciones en nosotros. Allí se ve que la pasión mas generalmente extendida y la mas temible, se levanta sobre la ruina de todas las virtudes, domina en casi todos los corazones, y funda los principales intereses [c]; allí se ven las debilidades y los crímenes que esta pasión trae consigo, disfrazados, paliados por el aire ingenioso de una moral tan falsa como seductora, justificados, autorizados con grandes ejemplos, presentados de un modo que los hace aparecer mas dignos de compasion que de censura y de aborrecimiento: allí se aprende á urdir las intrigas de amor, á emplear su lenguaje, á tomar sus pretextos, á repetir sus ex-

[a] Estas son expresiones de Voltaire.

[b] La Mothe; (*Reflexiones sobre la crítica*.) Estas dos frases han sido añadidas al texto por el editor, así como algunas otras que no siempre se ha tomado el trabajo de anotar.

[c] El mismo Voltaire, en la disertacion que precede á su *Semíramis*, habla de este modo: „De cerca de cuatrocientas tragedias que se han dado al teatro desde que disfruta de alguna gloria en Francia, no hay diez ó doce de ellas, que no estén fundadas en una intriga de amor. Casi siempre es la misma pieza, el mismo nudo, formado por un zelo y un raptó, y desenlazado con un matrimonio..... Esto es una coqueteria perpetua.”

„Las mugeres, dijo en otra parte, que afean nuestros teatros, no quieren sufrir que se les hable de otra cosa que de amor.”

cusas [a]. Míranse allí aquellas otras pasiones mas ardientes y resgosas, aquellas pasiones que son secretos moviles del corazon humano y causan todas nuestras desgracias. El orgullo, el hipo de mandar, el resentimiento por injurias, toman un aire de nobleza y de dignidad, que parece asemejarlos á la grandeza de alma y al verdadero valor. Junto á ellas y á su luz, la bellaquería es una política sagaz y el arte de gobernar: el espíritu de facciones, es el carácter de una alma atrevida, nacida para reinar sobre sus semejantes; el desafio, una ley del honor; la venganza, un deber; el suicidio un derecho sobre la propia vida, desconocido solo de cobardes y flacos. Las grandes culpas son atribuidas allí casi todas al destino, y solamente los dioses son allí responsables del crimen de los hombres. Allí finalmente se acostumbra el espíritu á horrores en que jamás habria pensado; y estoy persuadido, de que un hombre acostumbrado á nuestros teatros, se admirará y se conmovirá ménos por un gran crimen, que una alma nueva que jamas vió sino la imágen penetrante de la virtud, ó la marca lijera del ridículo.

Se ven allí los caractéres viciosos adulterados á gusto del interes que se les quiere dar, haciendo ménos odiosos los grandes vicios, convertidos de escena en escena en cualidades brillantes. No se sabe allí si la virtud ó el vicio pierden ó ganan; todo se sacrifica al fuego de las pasiones. Solo se ven reinar allí hinchazon continua de ideas y de afectos; solo se oyen máximas falsas, junto á otras verdaderas [b];

[a] „Si los heroes de algunas piezas, sujetan el amor al deber, admirando su fuerza, el corazon se presta á su debilidad; aprende uno ménos á darse el valor de aquellos, que á ponerse en la situacion de haberlo menester. (*Rousseau*.)

[b] „Aborrezco, dijo en cierto lugar, el autor poco citado, las malas máximas, todavia mas que las malas acciones.” En seguida daba razon de esta opinion. „Las pasiones desarregladas inspiran malas acciones;

y cada uno adopta, según su gusto y su génio, la que le conviene mejor [9]. La religion misma es tratada, principalmente hoy, con indecencia; los dioses, los altares, los oráculos, los prodigios, los sacerdotes, solo aparecen allí, para ser la materia de un paralelo cercano; presentándose solo para inducirnos artificiosamente á confundir el culto verdadero con cultos falsos, marcados allí con el sello del odio y del desprecio.

En las comedias, el criado aprende á engañar á su amo; la criada á servir á la pasión de su señora; el hijo de familia, á burlarse de la confianza de su padre; la pupila, á sorprender la vigilancia de su tutor; la muger, á sacar partido de la credulidad de su marido. Todos aprenden allí las expresiones, los rodeos, los ardidés de la galantería y de la seducción, y los manejos de la coquetería [a]. En ella, casi siempre el hombre mas honrado es el mas ridículo, y toda la ventaja es para el mas bribon y mas astuto. En las piezas mas honestas, el mentir se tiene por nada: en las mas útiles, en las composiciones de caracteres, el efecto que se vé de ordinario, flaquea por la necesidad de recargar el caracter principal, para hacerle resaltar volviéndolo mas interesante. Muchas veces á pesar de sus flaquezas, de tal modo se le revisita de atractivos, y se le dejan tantos recursos, que mas bien quisiera uno el papel principal, que aquel que se le contrapone [10]. Por lo comun, si el fondo de la composicion es buena, los pormenores son peligrosos; y las lecciones mismas que serian útiles á unos, se hacen perjudiciales á otros, según

pero las malas máximas corrompen la razon misma, y no dejan ya recurso para convertirse al bien."

[a] „Estas no son imputaciones falsas, ni declamaciones vanas. Abrase á Molière, á Dancoret, Regnard &c, ¿qué se halla casi donde quiera en ellos, si no semejantes lecciones? Cuando mas, nos corrigen quizas una flaqueza, y nos desenvuelven el gérmen de todos los vicios."

las circunstancias y las disposiciones de quienes las reciben [11].

Añade, hija mia, á cuanto acabo de decir los prestigios de la declamacion; ese lenguaje mudo, tan elocuente, tan persuasivo, tan seductor, que con un gesto habla á los ojos y penetra el corazón, da vivacidad á las pasiones, al sentimiento fuerza, vehemencia al discurso; que expresa en toda su energía los movimientos del alma, que aun el poeta solo trasó débilmente; que alucina con la falsedad de los pensamientos y de las máximas, y hace aplaudir la mentira, mas acaloradamente que se aplaudiera la verdad. Añade los atractivos, el encanto del espectáculo entero, el concurso brillante de una muchedumbre de personas de ambos sexos, que ostentan á porfía todos los refinamientos del arte y del adorno, que muestran todas las galas de la moda y todo el esplendor del lujo, que acuden para ver y ser vistas, que en sus ojos tienen todo el fuego de aquellas pasiones presentadas en la escena. Añade por último las ideas que inspiran los actores, las actrices, desgraciadamente muy conocidos á la mayor parte por la licencia de sus costumbres; envilecidos, por mas que se diga, por una preocupacion racional [12], por una conducta que es indudablemente mas bien el vicio de su profesion, que el de su corazón y de su espíritu; que envían, que irritan las pasiones con su sola preseneia, y quitan á los sentidos y á la imaginacion el freno poderoso que al ménos les pone generalmente el caracter elevado del recato y del pudor que brilla en las almas honestas [a]. Reúne todos estos principios de corrupcion, hija mia, y juzga por ellos de los efectos que debe producir el teatro. ¡Qué

[a] Riccoboni, autor y actor juntamente, aquel hombre tan experto y tan distinguido en su arte, nos asegura que los sentimientos mas sanos en el papel, se corrompen pasando por la boca de los actores, y degeneran en criminales por las ideas que infunden hasta en el espectador mas indiferente.

efectos! dejense adular allí las primeras ideas de verdad, de inocencia y de virtud, que la educación había podido darnos. Crecen allí, y se fortifican las preocupaciones adquiridas en el comercio del mundo. Se trocan los modales decentes y naturales en ridículas afectaciones. Fórmase un espíritu romántico, una gerigonza de teatro, ó tambien un tono de fatuidad y de impertinencia, que hace á nuestros jóvenes intolerables para sus mismos compatriotas, y aborrecibles ó despreciables para los extranjeros. Con ellos aprende uno á desdeñar las costumbres antiguas, á menospreciar las ocupaciones serias, á desatender los deberes domésticos, á dejarse poseer del furor del canto, del baile y de los versos, á sufocar con gustos frívolos y habilidades fútiles, el dichoso gérmen de los talentos preciosos. El espíritu de disipacion, de lujo y de galanteria, sustituyen al amor del recogimiento, de la sencillez y de la virtud. Se adquiere con ello el hábito de pensar con falsedad y con libertinaje; él atiza el fuego de las pasiones; en él se reciben ó se acrecientan las primeras impresiones del amor. La fuerza del interes, el calor de la opinion, el fuego de la accion, los adornos de la poesia, todo el conjunto del espectáculo nos conmueve y nos trasporta. Está uno enteramente en lo que vé y en lo que siente. Llénase uno y se penetra despacio de los mismos designios, de las mismas inclinaciones que manifiestan los personajes representados. Siéntese uno enternecido; vierte lágrimas contra su voluntad, olvidase de todo; olvida uno su entendimiento y su propio corazon. Está uno embaucado, está uno seducido sin tener fuerza para volverse contra impresiones tan dulces y tan fuertes. Todo causa ilusion, y todo contribuye á mantenerla.

No siempre son tan sensibles los efectos del teatro: pero ¿en quien? En aquellos á quienes nada conmueve, á quienes nada afecta, cuyo espíritu lento y peroso comprende á medias los objetos, cuya razon predomina sobre la imaginacion y la adormece: mas estos se fastidian en el teatro; porque este

solo divierte á los que se interesan y apasionan por él. ¿Para quien son ménos sensibles sus efectos vuelvo á decir? Para aquellos cuyas pasiones ya están acostumbradas á emociones muy vivas; que están estragadas con los placeres; que nada sienten ya, por haber apurado toda clase de sentimiento y de deleite; que ya no reparan en los extravíos de su espíritu y de su corazon, por el hábito que contrajeron de dejarse descarriar impunente; y que se creen siempre inocentes, porque ya no saben distinguir lo que les hace culpables. Para aquellos, en una palabra, que consienten en todo, que con todo se divierten sin escrúpulo, y que arrastrados por cuanto les parece agradable, se entregan á cuantas impresiones en ello reciben, sin cuidarse de lo que pueden tener de criminal. Ved aquí quienes no sienten los efectos y los riesgos del teatro: porque ¡ay! ¿se siente toda la impetuosidad de un torrente cuando se deja libre su curso? Quitad al teatro todo lo que tiene de peligroso, todo lo que la virtud verdadera reprueba en él, y pronto dejará de tener para ellos los mismos atractivos.

Ademas de esto, hija mia, convendré, si se quiere, en que el teatro no produzca repentinamente sus efectos mas perniciosos; pero los prepara. No induce inmediatamente á urdir intrigas, pero las sugiere: no produce al punto derrotas y caidas, pero dispone secretamente al corazon, para que algun dia caiga lastimosamente.

¡Y en cuantos espectadores, obra el teatro efectos mas pronto y funestos! ¿Qué prueba mayor necesitamos de su influencia sobre las costumbres? Cabalmente á la salida de la comedia, de la opera, se va á tender redes á la juventud; puntualmente en las cercanías de nuestros teatros se alojan las prostitutas. Estas cuentan muy bien, ó con los efectos que aquellos producen, ó con la poca virtud de quienes van á buscar en ellos sus desahogos y sus placeres [a].

[a] No considero los teatros, ha dicho el mismo